

Berta y la castañera del bosque dormido

Faltaban dos días para la Castañada y el pueblo de Fontfreda olía a leña, canela y boniato. En la plaza, los vecinos colgaban guirnaldas de hojas secas y preparaban mesas largas. Todo el mundo tenía trabajo, también Berta, que había prometido llevar una cesta de castañas del árbol de su abuelo.

Aquella mañana, sin embargo, el bosque estaba extrañamente quieto. No cantaba ningún pájaro, las ramas no crujían y ni siquiera el viento jugaba con las hojas. Berta avanzó por el camino hasta que oyó un tintineo muy flojo: tintineo, tintineo… Entre los robles encontró una castañera con un pañuelo de cuadros, sentada junto a un fogón apagado.

—Me llamo Maria —dijo la mujer—. Cada otoño hago sonar esta campanilla y el bosque despierta para celebrar la Castañada. Sin embargo, hoy su sonido no llega a ninguna parte.

Berta miró al suelo. Una alfombra enorme de hojas cubría el camino y ahogaba cualquier ruido. Intentó apartarlas con los pies, pero había tantas que parecían no acabarse nunca.

—Yo sola no podré —dijo.

Una ardilla sacó la cabeza de un tronco. Luego apareció un conejo, un petirrojo y, finalmente, un pequeño corzo. Berta les explicó qué pasaba. La ardilla trajo ramitas secas, el conejo abrió caminitos entre las hojas, el petirrojo avisó a los animales más lejanos y el corzo arrastró una cesta llena de castañas.

Berta y Maria encendieron el fuego. Cuando la primera castaña chasqueó —¡patapam!—, todos se rieron. La castañera hizo sonar la campanilla otra vez. Esta vez el tintineo corrió por los caminitos recién abiertos, subió por los troncos y llegó hasta las copas.

El bosque despertó de repente. Las ramas reanudaron su baile, los pájaros cantaron y un remolino de hojas doradas volteó alrededor de Berta.

—La campana no había perdido la voz —entendió la niña—. Sólo necesitaba que le abriéramos paso.

Maria llenó dos cestos. Uno era para la fiesta del pueblo; otro, para los animales que habían ayudado. Cuando Berta volvió a la plaza, ya estaba oscuro y todo el mundo le esperaba. Contó la aventura mientras repartía castañas calientes.

Desde ese año, antes de la Castañada, los niños de Fontfreda subían al bosque para limpiar los caminos y escuchar la campanilla. Y Berta siempre reservaba la primera castaña para quien hubiera ayudado sin esperar nada a cambio.